

CAPÍTULO I

DE LAS IDEAS EN GENERAL, Y DE SU ORIGEN

§ 1. *La idea es el objeto del acto de pensar.* Puesto que todo hombre es consciente para sí mismo de que piensa, y siendo aquello en que su mente se ocupa, mientras está pensando, las ideas que están allí, no hay duda de que los hombres tienen en su mente varias ideas, tales como las expresadas por las palabras *blancura, dureza, dulzura, pensar, moción, hombre, elefante, ejército, ebriedad* y otras. Resulta, entonces, que lo primero que debe averiguarse es cómo llega a tenerlas. Ya sé que es doctrina recibida que los hombres tienen ideas natas y ciertos caracteres originarios impresos en la mente desde el primer momento de su ser. Semejante opinión ha sido ya examinada por mí con detenimiento, y supongo que cuanto tengo dicho en el libro anterior será mucho más fácilmente admitido una vez que haya mostrado de dónde puede tomar el entendimiento todas las ideas que tiene, y por qué vías y grados pueden penetrar en la mente, para lo cual invocaré la observación y la experiencia de cada quien.

§ 2. *Todas las ideas vienen de la sensación o de la reflexión.* Supongamos, entonces, que la mente sea, como se dice, un papel en blanco, limpio de toda inscripción, sin ninguna idea. ¿Cómo llega a tenerlas? ¿De dónde se hace la mente de ese prodigioso cúmulo, que la activa e ilimitada imaginación del hombre ha pintado en ella, en una variedad casi infinita? ¿De dónde saca todo ese material de la razón y del conocimiento? A esto contesto con una sola palabra, de la *experiencia*: he allí el fundamento de todo nuestro saber, y de allí es de donde en última instancia se deriva. *Las observaciones que hacemos acerca de los objetos sensibles externos, o acerca de las operaciones internas de nuestra mente, que percibimos, y sobre las cuales reflexionamos nosotros mismos, es lo que provee a nuestro entendimiento de todos los materiales del pensar.* Estas son las dos fuentes del conocimiento de donde dimanar todas las ideas que tenemos o que podamos naturalmente tener.

§ 3. *Los objetos de la sensación, uno de los orígenes de las ideas.* En primer lugar, nuestros sentidos, que tienen trato con objetos sensibles particulares, transmiten respectivas y distintas *percepciones* de cosas a la mente, según los variados modos en que esos objetos los afectan, y es así como llegamos a poseer esas ideas que tene-

mos del amarillo, del blanco, del calor, del frío, de lo blando, de lo duro, de lo amargo, de lo dulce, y de todas aquellas que llamamos cualidades sensibles. Lo cual, cuando digo que eso es lo que los sentidos transmiten a la mente, quiere decir, que ellos transmiten desde los objetos externos a la mente lo que en ella producen aquellas percepciones. A esta gran fuente que origina el mayor número de las ideas que tenemos, puesto que dependen totalmente de nuestros sentidos y de ellos son transmitidas al entendimiento, la llamo *sensación*.

§ 4. *Las operaciones de nuestra mente, el otro origen de las ideas.* Pero, en segundo lugar, la otra fuente de donde la experiencia provee de ideas al entendimiento es la percepción de las operaciones interiores de nuestra propia mente al estar ocupada en las ideas que tiene; las cuales operaciones, cuando el alma reflexiona sobre ellas y las considera, proveen al entendimiento de otra serie de ideas que no podrían haberse derivado de cosas externas: tales las ideas de *percepción, de pensar, de dudar, de creer, de razonar, de conocer, de querer*, y de todas las diferentes actividades de nuestras propias mentes, de las cuales, puesto que tenemos de ellas conciencia y que podemos observarlas en nosotros mismos, recibimos en nuestro entendimiento ideas tan distintas como recibimos de los cuerpos que afectan a nuestros sentidos. Esta fuente de origen de ideas la tiene todo hombre en sí mismo, y aunque no es un sentido, ya que no tiene nada que ver con objetos externos, con todo se parece mucho y puede llamársele con propiedad sentido interno. Pero, así como a la otra la llamé *sensación*, a ésta la llamo *reflexión*, porque las ideas que ofrece son sólo tales como aquellas que la mente consigue al reflexionar sobre sus propias operaciones dentro de sí misma. Por lo tanto, en lo que sigue de este discurso, quiero que se entienda por *reflexión* esa advertencia que hace la mente de sus propias operaciones y de los modos de ellas, y en razón de los cuales llega el entendimiento a tener ideas acerca de tales operaciones. Estas dos fuentes, digo, a saber: las cosas externas materiales, como objetos de *sensación*, y las operaciones internas de nuestra propia mente, como objetos de *reflexión*, son, para mí, los únicos orígenes de donde todas nuestras ideas proceden inicialmente. Aquí empleo el término "operaciones" en un sentido amplio para significar, no tan sólo las acciones de la mente respecto a sus ideas, sino ciertas pasiones que algunas veces surgen de ellas, tales como la satisfacción o el desasosiego que cualquier idea pueda provocar.

§ 5. *Todas nuestras ideas son o de la una o de la otra clase.* Me parece que el entendimiento no tiene el menor vislumbre de alguna idea que no sea de las que recibe de uno de esos dos orígenes. *Los objetos externos proveen a la mente de ideas de cualidades sensibles,* que son todas esas diferentes percepciones que producen en nosotros; *y la mente provee al entendimiento con ideas de sus propias operaciones.* Si hacemos una revisión completa de todas estas ideas y de sus distintos modos, combinaciones y relaciones, veremos que contienen toda la suma de nuestras ideas, y que nada tenemos en la mente que no proceda de una de esas dos vías. Examine cualquiera sus propios pensamientos y hurgue a fondo en su propio entendimiento, y que me diga, después, si no todas las ideas originales que tiene allí son de las que corresponden a objetos de sus sentidos, o a operaciones de su mente, consideradas como objetos de su reflexión. Por más grande que se imagine el cúmulo de los conocimientos alojados allí, verá, si lo considera con rigor, que en su mente no hay más ideas sino las que han sido impresas por conducto de una de esas dos vías, aunque, quizá, combinadas y ampliadas por el entendimiento con una variedad infinita, como veremos más adelante.

§ 6. *Lo que se observa en los niños.* Quien considere con atención el estado de un niño recién llegado al mundo tendrá pocos motivos para pensar que está abarrotado de las ideas que constituyen el material de sus futuros conocimientos. Gradualmente es como llega a proveerse de ideas, y aunque las cualidades más obvias y que le sean más familiares son las que se imprimen antes de que la memoria comience a llevar un registro del tiempo y del orden, es frecuente, sin embargo, que ciertas cualidades poco comunes se presenten tan tarde, que son pocos los hombres que no pueden recordar el tiempo cuando por primera vez las conocieron; y si valiera la pena, no hay duda que sería posible vigilar a un niño de manera que tuviera muy pocas ideas, aun de las comunes, antes de llegar a ser hombre. Pero como todos los que nacen en este mundo están rodeados de cuerpos que continuamente y de diverso modo los afectan, una gran variedad de ideas se imprimen en la mente de los niños, téngase o no el cuidado de enseñárselas. La luz y los colores están en todas partes en constante disposición de causar impresiones, con sólo que el ojo esté abierto; el sonido y algunas cualidades tangibles no dejan de solicitar a los sentidos que les son propios, y de ese modo se abren paso hasta la mente. Sin embargo, creo que se concederá sin dificultad, que si se tu-

viera a un niño en un lugar en que sólo viera el negro y el blanco hasta que fuera un hombre, no tendría más idea del escarlata o del verde que la que podría tener del sabor de un ostión o de la piña quien, desde niño, jamás hubiera probado esos alimentos.

§ 7. *Los hombres tienen distintas ideas, según la diferencia de los objetos con que entran en contacto.* Por lo tanto, los hombres se proveen de mayor o menor número de ideas simples procedentes del exterior, según que los objetos con que entran en contacto presenten más o menos variedad, como también acontece respecto a las ideas procedentes de las operaciones internas de la mente, según el hombre sea más o menos reflexivo. Porque, si bien es cierto que quien contempla las operaciones de su mente no puede menos de tener ideas llanas y claras acerca de dichas operaciones, sin embargo, a no ser que vuelva su pensamiento en esa dirección para considerarlas atentamente, no tendrá más ideas claras y distintas de todas esas operaciones de su mente y de todo cuanto allí pueda observarse, que las ideas particulares que podría tener de cualquier paisaje o de las partes y movimientos de un reloj, quien no dirija sus ojos hacia esos objetos y repare con atención en sus partes. Puede acontecer que el cuadro o el reloj estén situados de tal manera que todos los días pase cerca de ellos, pero, a pesar de eso, tendrá una idea confusa de todas las partes de que se componen, mientras no se aplique a considerar atentamente cada una en particular.

§ 8. *Las ideas de reflexión son más tardías, porque requieren atención.* Y aquí vemos la razón por la cual es necesario que pase algún tiempo antes de que la mayoría de los niños tengan ideas acerca de las operaciones de sus mentes, y por qué muchas personas no tienen, a lo largo de su vida, ninguna idea muy clara o perfecta de la mayor parte de esas operaciones. Porque aunque constantemente están ocurriendo en la mente, sin embargo, como si se tratase de visiones en flotación, no imprimen huellas suficientemente profundas para dejar en la mente ideas claras, distintas y duraderas, hasta que el entendimiento, volviendo sobre sí mismo, reflexiona sobre sus propias operaciones y las convierte en el objeto de su propia contemplación. Cuando los niños entran en el mundo se encuentran rodeados de nuevas cosas, las cuales, por una constante sollicitación de sus sentidos, continuamente están llamando a la mente hacia ellas, obligándola a fijarse en lo nuevo, lo que provoca un gusto por la variedad de objetos cambiantes. De esta suerte los primeros años generalmente se emplean

y distraen en mirar hacia afuera; y como, por otra parte, las ocupaciones de los hombres los conducen a familiarizarse con lo que se encuentra en el exterior, crece el niño con la atención constantemente ocupada en las sensaciones externas, y rara vez se detiene a reflexionar sobre lo que pasa en su interior, hasta que alcanza años maduros; y hay muchos que apenas lo hacen entonces.

§ 9. *El alma comienza a tener ideas cuando empieza a percibir.* Preguntar en qué momento tiene ideas un hombre es tanto como preguntar cuándo empieza a percibir, puesto que tener ideas y percibir son la misma cosa. Yo sé que es opinión recibida que el alma siempre piensa, y que, mientras existe, tiene constantemente en sí misma una percepción actual de ciertas ideas, y que ese pensar actual es tan inseparable del alma como la extensión actual lo es del cuerpo. De ser esto cierto, inquirir por el comienzo de las ideas de un hombre es tanto como inquirir por el comienzo de su alma; porque, a esa cuenta, el alma y sus ideas, como el cuerpo y su extensión, empezarán ambos a existir al mismo tiempo.

§ 10. *El alma no piensa siempre, puesto que eso no puede probarse.* Pero, que se suponga que el alma exista con anterioridad a, o simultánea con, o en algún tiempo posterior a los primeros rudimentos u organización, o en los comienzos de la vida en el cuerpo, es asunto que dejo a la discusión de quienes lo hayan meditado mejor que yo. Admito que yo soy de esos que tienen un alma obtusa que no se percibe a sí misma en constante contemplación de ideas; ni tampoco concibo que sea más necesario el que la mente esté siempre pensando, que lo sea para el cuerpo estar siempre en movimiento, ya que, según lo concibo, la percepción de ideas es para el alma lo que el movimiento es para el cuerpo: no su esencia, sino solamente una de sus operaciones. Por lo tanto, por más que se suponga que el pensar es la acción propia del alma, no hace falta, sin embargo, suponer que siempre esté pensando, que siempre esté activa. Ése, quizá, sea el privilegio del Autor Infinito y Conservador de todas las cosas, *que nunca dormita ni duerme*; pero no conviene a ningún ser finito, por lo menos no conviene al alma humana. Sabemos con certeza, por experiencia, que algunas veces pensamos, y de aquí podemos sacar esta conclusión infalible: que hay algo en nosotros que tiene el poder de pensar; pero si esa substancia piensa o no perpetuamente es algo de lo cual no podemos asegurarnos más allá de lo que la experiencia nos informa. Porque decir que el pensar actual es esencial al alma e inseparable de ella es incurrir en una petición de

principio y no es dar ninguna prueba por vía de razón, la cual es necesario dar, cuando no se trate de una proposición de suyo evidente. Pero acerca de que sea cierto que esta proposición: *que el alma piensa siempre*, sea de suyo evidente y a la cual todo el mundo concede su asentimiento apenas oída, me atengo al dictado de todo el género humano. Se duda si yo pensé o no durante toda la noche anterior; como es un asunto de hecho, se incurre en petición de principio al aducir como prueba una hipótesis acerca de la cosa misma que se discute. De este modo cualquier cosa puede ser probada: basta suponer que todos los relojes piensan mientras se mueve el péndulo para probar indubitadamente que mi reloj estuvo pensando durante toda la noche anterior. Pero quien no quiera engañar debe construir sus hipótesis sobre hechos y demostrarlas por vía de experiencia sensible, y no establecer una presunción de hecho en favor de su hipótesis, es decir, suponer que así es el hecho. Semejante modo de probar se reduce a esto: será necesario admitir que durante toda la noche anterior estuve pensando, porque otra persona supone que siempre estoy pensando, aunque yo mismo no pueda percibir que siempre pienso.

Pero los hombres enamorados de sus opiniones no sólo son capaces de suponer lo que está a debate, sino de alegar falsamente en materia de hecho. Pues de qué otro modo puede alguien decir que es inferencia mía, *que una cosa no es, porque no somos sensibles de ella mientras dormimos*. Yo no digo que no hay un alma en un hombre, porque no es sensible de ella mientras duerme; pero sí digo que en ningún tiempo puede pensar, ya despierto, ya dormido, sin ser sensible de ello. Este ser sensible no es necesario respecto a ninguna cosa, salvo respecto a nuestros pensamientos, para los cuales es y siempre será necesario, mientras no podamos pensar sin tener conciencia de que pensamos.

§ 11. *El alma no es siempre consciente de que piensa*. Concedo que el alma en un hombre en estado de vigilia nunca está sin pensamiento, porque ésa es la condición de ese estado. Pero que el dormir sin soñar no sea una afección que concierne al hombre por entero, mente y cuerpo, es una cuestión que quizá merezca la pena de ser considerada por un hombre en estado de vigilia, pues no es fácil concebir que algo piense, y no sea consciente de ello. Si el alma piensa en un hombre dormido, sin ser consciente de ello, pregunto si, mientras piensa de ese modo, tiene algún placer o dolor, o si es capaz de experimentar felicidad o miseria. Yo estoy seguro que no es más capaz de eso que lo sería la cama o el suelo en que descansa; porque ser feliz o miserable, sin tener conciencia

de ello, me parece completamente inconsecuente e imposible. O si por acaso fuera posible que la mente pueda, mientras el cuerpo duerme, tener por su cuenta sus pensamientos, sus goces y cuidados, su placer y su dolor, de los cuales el hombre no tenga conciencia, es seguro que Sócrates dormido y Sócrates despierto no son la misma persona; sino que el alma de Sócrates, cuando duerme, y Sócrates el hombre, compuesto de cuerpo y alma cuando está despierto, son dos personas; puesto que el Sócrates despierto no tiene conocimiento de, ni le importa, esa felicidad o miseria que su alma experimenta sola y por sí misma mientras él duerme, sin percibir nada de ello, y que le es tan ajeno como la felicidad o miseria de un hombre en las Indias, cuya existencia enteramente desconoce. Porque si privamos completamente nuestras acciones y sensaciones de toda conciencia acerca de ellas, especialmente del placer y del dolor y de la cura que siempre los acompaña, será difícil saber en qué parte radica la identidad personal.

§ 12. *Si un hombre que duerme piensa sin saberlo, el hombre dormido y el hombre despierto son dos personas.* El alma, dicen estos hombres, piensa cuando duerme profundamente. Mientras piensa y percibe es ciertamente capaz de experimentar delicia y turbación, así como cualesquiera otras percepciones. Pero todo esto lo tiene por su cuenta: el hombre dormido, claro está, no tiene conciencia de ello. Supongamos, entonces, el alma de Cástor separada de su cuerpo mientras él duerme; suposición que no es imposible para la gente con quien ahora discuto, y que tan liberalmente otorga vida a todos los animales distintos del hombre, sin concederles una alma pensante. Esta gente no podrá, pues, juzgar que sea imposible o contradictorio que el cuerpo viva sin alma, ni tampoco que el alma subsista y piense o tenga percepción, aun percepción de la felicidad o la miseria, sin cuerpo. Supongamos, entonces, digo, que el alma de Cástor está separada de su cuerpo, mientras él duerme, y que ella tiene sus pensamientos aparte. Supongamos, además, que elige como teatro de su pensar al cuerpo de otro hombre, el de Pólux, por ejemplo, que está dormido sin alma; porque, si mientras Cástor duerme, su alma puede pensar aquello de que Cástor nunca tendrá conciencia, nada importa el lugar que su alma elija para pensar. Tenemos aquí, pues, los cuerpos de dos hombres con solamente un alma entre los dos, y los cuales supondremos que alternativamente despiertan y duermen, de suerte que el alma siempre piense en el que esté despierto, y acerca de lo cual, quien esté dormido, no tenga jamás

ellas. Tal es el primer paso que todo hombre da hacia el descubrimiento de cualquier cosa que sea, y ése es el cimiento sobre el cual ha de construir todas esas nociones que de un modo natural ha de tener en este mundo. Todos esos pensamientos sublimes que se levantan por encima de las nubes y que llegan hasta las alturas del cielo mismo, tienen su arranque y su base en aquel cimiento, y en toda esa vasta extensión que la mente recorre al entregarse a esas apartadas especulaciones que al parecer la elevan tanto, no excede ni en un ápice el alcance de esas ideas que la sensación y la reflexión le han ofrecido como objetos de su contemplación.

§ 25. *Ordinariamente el entendimiento es pasivo en la recepción de las ideas simples.* A este respecto, el entendimiento es meramente pasivo, y no está en su poder tener o no tener esos rudimentos, o, como quien dice, esos materiales del conocimiento. Porque, se quiera o no, en muchos casos los objetos de nuestros sentidos le imponen a nuestra mente las ideas que les son particulares; y las operaciones de nuestra mente no nos dejan estar sin alguna noción acerca de ellas, aunque sean oscuras. Ningún hombre puede permanecer en total ignorancia de lo que hace cuando piensa. A estas *ideas simples*, cuando ofrecidas a la mente, el entendimiento es tan incapaz de rechazar o de alterar una vez impresas, o de borrar y hacer unas nuevas, como lo es un espejo de rechazar, alterar o extinguir las imágenes o ideas que producen en él los objetos que se le pongan delante. Puesto que los cuerpos que nos rodean afectan de diversos modos a nuestros órganos, la mente está obligada a recibir esas impresiones, y no puede evitar la percepción de las ideas que llevan consigo.

CAPÍTULO II

DE LAS IDEAS SIMPLES

§ 1. *Apariencias no compuestas.* Para entender mejor la naturaleza, el modo y el alcance de nuestro conocimiento, es de observarse cuidadosamente una circunstancia respecto a las ideas que tenemos, y es que algunas de ellas son simples y algunas son complejas.

Aun cuando las cualidades que afectan a nuestros sentidos están, en las cosas mismas, tan unidas y mezcladas que no hay separación o distancia entre ellas, con todo, es llano que las ideas

que esas cualidades producen en la mente le llegan, por vía de los sentidos, simples y sin mezcla. Porque, si bien es cierto que la vista y el tacto toman frecuentemente del mismo objeto y al mismo tiempo ideas diferentes, como cuando un hombre ve a un tiempo el movimiento y el color, y como cuando la mano siente la suavidad y el calor de un mismo trozo de cera, sin embargo, las ideas simples así unidas en un mismo sujeto son tan perfectamente distintas como las que llegan por diferentes sentidos. La frialdad y la dureza, que un hombre siente en un pedazo de hielo, son, en la mente, ideas tan distintas como el aroma y la blancura de un lirio, o como el sabor del azúcar y el aroma de una rosa. Y nada hay más llano para un hombre que las percepciones claras y distintas que tiene de esas ideas simples; las cuales, siendo cada una en sí mismas no compuestas, no contienen nada en sí, sino una apariencia o concepción uniforme en la mente, que no puede ser distinguida en ideas diferentes.

§ 2. *La mente no puede ni hacerlas, ni destruirlas.* Estas ideas simples, los materiales de todo nuestro conocimiento, le son sugeridas y proporcionadas a la mente por sólo esas dos vías arriba mencionadas, a saber: sensación y reflexión. Una vez que el entendimiento está provisto de esas ideas simples tiene la potencia de repetir las, compararlas y unir las en una variedad casi infinita, de tal manera que puede formar a su gusto nuevas ideas complejas. Empero, no está en el más elevado ingenio o en el entendimiento más amplio, cualquiera que sea la agilidad o variedad de su pensamiento, inventar o idear en la mente una sola idea simple, que no proceda de las vías antes mencionadas; ni tampoco le es dable a ninguna fuerza del entendimiento destruir las que ya están allí; ya que el imperio que tiene el hombre en este pequeño mundo de su propio entendimiento se asemeja mucho al que tiene respecto al gran mundo de las cosas visibles, donde su poder, como quiera que esté dirigido por el arte y la habilidad, no va más allá de componer y dividir los materiales que están al alcance de su mano; pero es impotente en el sentido de hacer la más mínima partícula de materia nueva, o de destruir un sólo átomo de lo que ya está en ser. Igual incapacidad encontrará en sí mismo todo aquel que se ponga a modelar en su entendimiento cualquier idea simple que no haya recibido por sus sentidos, procedente de objetos externos, o por la reflexión que haga sobre las operaciones de su propia mente acerca de ellas. Y yo quisiera que alguien tratase de imaginar un sabor jamás probado por su paladar, o de formarse la idea de un aroma nunca antes olido; y cuando pueda hacer esto,

yo sabré concluir también que un ciego tiene ideas de los colores, y que un sordo tiene nociones distintas y verdaderas de los sonidos.

§ 3. Esta es la razón por la cual, aunque no creamos que sea imposible para Dios hacer una criatura con otros órganos y más vías que le comuniquen a su entendimiento la noticia de cosas corpóreas, además de esas cinco, según usualmente se cuentan, con que dotó al hombre, por esa razón, digo, es por la que pienso que nadie puede imaginarse otras cualidades en los cuerpos, como quiera que estén constituidos, de las cuales se pueda tener noticia, fuera de sonidos, gustos, olores y cualidades visibles y tangibles. Y si la humanidad hubiese sido dotada de tan sólo cuatro sentidos, entonces, las cualidades que son el objeto del quinto sentido estarían tan alejadas de nuestra noticia, de nuestra imaginación y de nuestra concepción, como pueden estarlo ahora las que pudieran pertenecer a un sexto, séptimo u octavo sentidos, y de los cuales no podría decirse, sin gran presunción, que algunas otras criaturas no los tienen en alguna otra parte de este dilatado y maravilloso universo. Quien no tenga la arrogancia de colocarse a sí mismo en la cima de todas las cosas, sino que considere la inmensidad de ese edificio y la gran variedad que se encuentra en esta pequeña e inconsiderable parte suya que le es familiar, quizá se vea inclinado a pensar que en otras mansiones del universo puede haber otros y distintos seres inteligentes, de cuyas facultades tiene tan poco conocimiento o sospecha, como pueda tenerlo una polilla encerrada en la gaveta de un armario, de los sentidos o entendimiento de un hombre, ya que semejante variedad y excelencia convienen a la sabiduría y poder del Hacedor. Aquí he seguido la opinión común de tener el hombre solamente cinco sentidos, aunque, quizá, puedan con justicia contarse más; pero ambas suposiciones sirven por igual a mi actual propósito.

CAPÍTULO III

DE LAS IDEAS PROVENIENTES DE UN SOLO SENTIDO

§ 1. *División de las ideas simples.* Para mejor concebir las ideas que recibimos de la sensación, quizá no resulte mal que las consideremos en relación con los diferentes modos por los cuales llegan a nuestra mente y se nos hacen perceptibles.

lo que acontece en nuestra propia mente, y es la idea de *sucesión*. Porque si de un modo inmediato nos vemos por dentro a nosotros mismos, y reflexionamos sobre lo que allí es observable, encontraremos que nuestras ideas siempre están la una yendo y la otra viniendo sin interrupción, mientras estemos en estado de vigilia, o en el acto de estar pensando.

§ 10. *Las ideas simples son los materiales de todo nuestro conocimiento.* Estas son, si no todas, por lo menos (según creo), las más importantes ideas simples que tiene la mente, y de ellas está fabricado el resto de sus conocimientos; y todo lo recibe tan sólo por las dos vías de la sensación y de la reflexión que hemos venido mencionando.

Y no piense nadie que éstos son unos límites demasiado estrechos para dar satisfacción a la espaciosa capacidad de la mente humana, que vuela más alto que las estrellas, y que, no pudiendo quedar confinada a las fronteras del mundo, con frecuencia extiende sus pensamientos aún más allá de la última región de lo material, y hace excursiones en ese incomprensible vacío. Todo esto lo admito; pero quisiera que alguien señalara cualquier idea simple que no sea recibida por uno de esos dos conductos antes mencionados, o cualquier idea compleja que no esté hecha con esas ideas simples. Y tampoco parecerá tan extraño pensar que estas pocas ideas simples basten para ocupar el pensamiento más ágil o la más amplia capacidad, y para proveer los materiales de todo ese conocimiento vario, y aún más varias fantasías y opiniones de toda la humanidad, si consideramos cuántas palabras pueden hacerse con las varias composiciones de veinticuatro letras; o si, para ir más lejos, reflexionamos en la variedad de combinaciones que pueden hacerse con sólo apenas una de las arriba mencionadas ideas, a saber: el número, cuyos fondos son inagotables y verdaderamente infinitos. Y ¿qué decir del ancho e inmenso campo que ofrece a los matemáticos la idea de la extensión?

CAPÍTULO VIII

OTRAS CONSIDERACIONES ACERCA DE NUESTRAS IDEAS SIMPLES

§ 1. *Ideas positivas que tienen como causa una privación.* Por lo que toca a las ideas simples de la sensación, hay que considerar que

todo aquello que esté constituido por la naturaleza de manera que pueda causar alguna percepción en la mente al afectar a nuestros sentidos, produce así una idea simple en el entendimiento; la cual, cualquiera que sea su causa externa, una vez que llega a ser advertida por nuestra facultad de discernir, es vista por la mente y considerada por ella, al igual que cualquiera otra idea, como siendo realmente una idea positiva en el entendimiento, aunque pueda ser que su causa no sea, en el sujeto, sino una privación.

§ 2. Así, las ideas de calor y de frío, de luz y de oscuridad, de blanco y de negro, de movimiento y de reposo, son ideas igualmente claras y positivas en la mente; aunque, quizá, algunas de las causas que las producen sean simples privaciones en los sujetos de donde nuestros sentidos derivan esas ideas. A éstas, el entendimiento, al verlas, las considera a todas como ideas positivas distintas sin reparar en las causas que las producen, porque ésa es una investigación que no compete a la idea en cuanto que está en el entendimiento, sino a la naturaleza de la cosa que existe fuera de nosotros. Estas son dos cosas diferentes que deben distinguirse cuidadosamente, ya que una cosa es percibir y conocer la idea de lo blanco y de lo negro, y otra cosa muy diferente es examinar qué clase de partículas tendrán que ser y cómo deberán estar dispuestas en la superficie, para que cualquier objeto aparezca como blanco o como negro.

§ 3. Un pintor o tintorero que jamás haya investigado las causas de los colores tiene en su entendimiento las ideas de lo blanco y de lo negro y de otros colores, tan clara, perfecta y distintamente, y quizá con más distinción que el filósofo que se ha ocupado en considerar su naturaleza, y que cree saber en qué grado, en uno u otro caso, la causa es positiva o privativa; y la idea de lo negro no es menos positiva en la mente de aquel pintor, que lo es la idea de lo blanco, aunque la causa de aquel color en el objeto externo sólo pueda ser una privación.

§ 4. Si el propósito de mi presente empeño fuera inquirir las causas naturales y la manera de la percepción, ofrecería la siguiente razón para explicar por qué una causa privativa puede, por lo menos en algunos casos, producir una idea positiva, y es ésta: que, puesto que todas las sensaciones se producen en nosotros solamente por diferentes grados y modos del movimiento en nuestros espíritus animales diversamente agitados por los objetos externos, la cesación de cualquier moción previa tendrá que producir una

nueva sensación tan necesariamente como la produce la variación o aumento de dicha moción, de manera que se introduce así una nueva idea que depende únicamente de un movimiento diferente de los espíritus animales del órgano de que se trate.

§ 5. Pero que eso sea así o no, es asunto que no determinaré aquí; me conformo con hacer un llamado a la experiencia personal de cada quien para que diga si la sombra de un hombre, aunque sólo consiste en la ausencia de luz (y mientras mayor sea la ausencia de luz, más discernible será la sombra), no provoca, cuando la observa, una idea tan clara y positiva en su mente como la del cuerpo de un hombre, aunque esté todo bañado por la luz del sol. Y la pintura de una sombra es una cosa positiva. Ciertamente, tenemos nombres negativos que no significan directamente ideas positivas, sino que significan su ausencia, tales como *insípido*, *silencio*, *nada*, etc., las cuales palabras denotan ideas positivas, como *gusto*, *sonido* y *ser*, con una significación de ausencia.

§ 6. Y por lo tanto, puede uno verdaderamente decir que se ve la obscuridad. Porque, supongamos un agujero perfectamente oscuro de donde no se refleja ninguna luz, es manifiesto que uno puede ver la forma que tiene, o puede uno representarla en pintura; y es de preguntarse si la idea producida por la tinta con que escribo proviene de otra manera. Las causas privativas que aquí he asignado a ideas positivas se conforman a la opinión vulgar; pero en verdad será difícil determinar si en realidad hay alguna idea derivada de causa privativa, hasta que se determine *si es más una privación el reposo que el movimiento*.

§ 7. *Ideas en la mente. Cualidades en los cuerpos.* Para mejor descubrir la naturaleza de nuestras ideas y para discurrir inteligiblemente acerca de ellas será conveniente distinguir las en cuanto que son ideas o percepciones en nuestra mente, y en cuanto son modificaciones de materia en los cuerpos que causan en nosotros dichas percepciones. Y ello, para que no pensemos (como quizá se hace habitualmente) que las ideas son exactamente las imágenes y semejanzas de algo inherente al sujeto que las produce, ya que la mayoría de las ideas de sensación no son más en la mente la semejanza de algo que exista fuera de nosotros, que los nombres que las significan son una semejanza de nuestras ideas, aunque al escuchar esos nombres no dejan de provocarlas en nosotros.

§ 8. Todo aquello que la mente percibe en sí misma, o todo aquello

que es el objeto inmediato de percepción, de pensamiento o de entendimiento, a eso llamo *idea*; y a la potencia para producir cualquier idea en la mente, llamo *cualidad* del sujeto en quien reside ese poder. Así, una bola de nieve tiene la potencia de producir en nosotros las *ideas* de blanco, frío y redondo; a esas potencias para producir en nosotros esas ideas, en cuanto que están en la bola de nieve, las llamo *cualidades*; y en cuanto son sensaciones o percepciones en nuestro entendimiento, las llamo *ideas*; de las cuales ideas, si algunas veces hablo como estando en las cosas mismas, quiero que se me entienda que significan esas cualidades en los objetos que producen esas ideas en nosotros.

§ 9. *Cualidades primarias*. Así consideradas, las cualidades en los cuerpos son, primero, aquellas enteramente inseparables del cuerpo, cualquiera que sea el estado en que se encuentre, y tales que las conserva constantemente en todas las alteraciones y cambios que dicho cuerpo pueda sufrir a causa de la mayor fuerza que pueda ejercerse sobre él. Esas cualidades son tales que los sentidos constantemente las encuentran en cada partícula de materia con bulto suficiente para ser percibida, y tales que la mente las considera como inseparables de cada partícula de materia, aun cuando sean demasiado pequeñas para que nuestros sentidos puedan percibir las individualmente. Por ejemplo, tomemos un grano de trigo y dividámoslo en dos partes; cada parte todavía tiene solidez, extensión, forma y movilidad. Divídase una vez más, y las partes aún retienen las mismas cualidades; y si se sigue dividiendo hasta que las partes se hagan insensibles, retendrán necesariamente, cada una de ellas, todas esas cualidades. Porque la división (que es todo cuanto un molino o un triturador o cualquier otro cuerpo le hace a otro al reducirlo a partes insensibles) no puede jamás quitarle a un cuerpo la solidez, la extensión, la forma y la movilidad, sino que tan sólo hace dos o más distintas y separadas masas de materia de la que antes era una; todas las cuales, consideradas desde ese momento como otros tantos cuerpos distintos, hacen un cierto número determinado, una vez hecha la división. A esas cualidades llamo *cualidades originales o primarias* de un cuerpo, las cuales, creo, podemos advertir que producen en nosotros las ideas simples de la *solidez*, la *extensión*, la *forma*, el *movimiento*, el *reposo* y el *número*.

§ 10. Pero, en segundo lugar, hay cualidades tales que en verdad no son nada en los objetos mismos, sino potencias para producir en nosotros diversas sensaciones por medio de sus cualidades

primarias, es decir, por el bulto, la forma, la *téxtura* y el movimiento de sus partes insensibles, como son colores, sonidos, gustos, etc. A éstas llamo *cualidades secundarias*. Podría añadirse una tercera clase, que todos admiten no ser sino potencias, aunque sean cualidades tan reales en el sujeto como las que yo, para acomodarme a la manera común de hablar, llamo cualidades, pero que, para distinguirlas, llamo *cualidades secundarias*. Porque la potencia en el fuego de producir un nuevo color o distinta consistencia en la cera o en el barro por medio de sus cualidades primarias, tan es una cualidad en el fuego, como lo es la potencia que tiene para producir en mí, por medio de esas mismas cualidades primarias, a saber: bulto, textura y movimiento de sus partes insensibles, una nueva idea o sensación de calor o ardor que no sentía antes.

§ 11. *Cómo producen sus ideas las cualidades primarias.* La próxima cosa que debe considerarse es cómo los cuerpos producen ideas en nosotros, y manifiestamente, la única manera en que podemos concebir que operen los cuerpos es por impulso.

§ 12. Si, por lo tanto, los objetos externos no se unen a nuestra mente cuando producen ideas en ella, y, sin embargo, percibimos esas cualidades originales de aquellos objetos que individualmente caen bajo nuestros sentidos, es evidente que habrá algún movimiento en esos objetos que, afectando algunas partes de nuestro cuerpo, se prolongue por conducto de nuestros nervios o espíritus animales hasta el cerebro o el asiento de la sensación, para producir allí en nuestra mente las ideas particulares que tenemos acerca de dichos objetos. Y puesto que la extensión, la forma, el número y el movimiento de cuerpos de grandor observable pueden percibirse a distancia por medio de la vista, es evidente que algunos cuerpos individualmente imperceptibles deben venir de ellos a los ojos, y de ese modo comunican al cerebro algún movimiento que produce esas ideas que tenemos en nosotros acerca de tales objetos.

§ 13. *Cómo producen sus ideas las cualidades secundarias.* De un modo igual al que se producen en nosotros las ideas de las cualidades originales, podemos concebir que también se producen las ideas de las cualidades secundarias, es decir, por la operación de partículas insensibles sobre nuestros sentidos. Porque es manifiesto que hay cuerpos, y cuerpos en gran cantidad, cada uno de los cuales es tan pequeño que no podemos por nuestros sentidos des-

cubrir ni su volumen, ni su forma, ni su movimiento, como es evidente respecto a las partículas del aire y del agua, y respecto a otras extremadamente más pequeñas que éstas; quizá tanto más pequeñas que las partículas de aire y de agua, como más pequeñas son las partículas de aire y de agua respecto a un guisante o a un granizo. Vamos a suponer, entonces, que los diferentes movimientos y formas, volumen y número de tales partículas, al afectar los diversos órganos de nuestros sentidos, producen en nosotros esas diferentes sensaciones que nos provocan los colores y olores de los cuerpos; que una violeta, por ejemplo, por el impulso de tales partículas insensibles de materia, de formas y volumen particulares y en diferentes grados y modificaciones de sus movimientos, hagan que las ideas del color azul y del aroma dulce de esa flor se produzcan en nuestra mente. Puesto que no es mayormente imposible concebir que Dios haya unido tales ideas a tales movimientos con los cuales no tienen ninguna similitud, que lo sea concebir que haya unido la idea de dolor al movimiento de un pedazo de acero que divide nuestra carne, movimiento respecto al cual esa idea de dolor no guarda ninguna semejanza.

§ 14. Cuanto he dicho tocante a los colores y olores, puede entenderse también respecto a gustos, sonidos y demás cualidades sensibles semejantes, las cuales, cualquiera que sea la realidad que equivocadamente les atribuimos, no son nada en verdad en los objetos mismos, sino potencias para producir en nosotros diversas sensaciones, y dependen de aquellas cualidades primarias, a saber: volumen, forma, textura y movimiento de sus partes, como ya dije.

§ 15. *Las ideas de las cualidades primarias son semejanzas; no así las ideas de las cualidades secundarias.* De donde, creo, es fácil sacar esta observación: que las ideas de las cualidades primarias de los cuerpos son semejanzas de dichas cualidades, y que sus modelos realmente existen en los cuerpos mismos; pero que las ideas producidas en nosotros por las cualidades secundarias en nada se les asemejan. Nada hay que exista en los cuerpos mismos que se asemeje a esas ideas nuestras. En los cuerpos a los que denominamos de conformidad con esas ideas, sólo hay un poder para producir en nosotros esas sensaciones; y lo que en idea es dulce, azul o caliente, no es, en los cuerpos que así llamamos, sino cierto volumen, forma y movimiento de las partes insensibles de los cuerpos mismos.

§ 16. A la flama se denomina caliente y ligera, a la nieve, blanca y fría, y al azúcar, blanca y dulce, por las ideas que producen en nosotros. Se piensa comúnmente que dichas cualidades son, en esos cuerpos, lo mismo que esas ideas que están en nosotros: las unas la semejanza perfecta de las otras, como lo serían en un espejo; y el que diga lo contrario será juzgado de muy extravagante por la mayoría de los hombres. Sin embargo, quien considere que el mismo fuego, que a cierta distancia produce en nosotros la sensación de calor, produce en nosotros, si nos acercamos más, la muy diferente sensación de dolor, deberá reflexionar para sí mismo sobre la razón que pueda tener para decir que su idea de calor, que fue producida en él por el fuego, esté en realidad en el fuego; y que su idea de dolor, que el mismo fuego le produjo del mismo modo, no esté en el fuego. ¿Por qué razón han de estar la blancura y la frialdad en la nieve, y no ha de estarlo el dolor, ya que ella produce en nosotros todas esas ideas; lo que no puede hacer sino por el volumen, la forma, el número y el movimiento de sus partes sólidas?

§ 17. El volumen, el número, la forma y el movimiento particulares de las partes del fuego o de la nieve están realmente en esos cuerpos, sean o no percibidos por los sentidos de alguien, y por eso puede llamárseles cualidades reales, porque realmente existen en esos cuerpos. Pero la luz, el calor, la blancura o la frialdad no están más realmente en esos cuerpos que lo están la enfermedad o el dolor en el azúcar. Suprímase la sensación de esas cualidades; hágase que los ojos no vean la luz o los colores, que los oídos no escuchen sonidos; hágase que el paladar no guste, y que la nariz no huela, y todos los colores, sabores y sonidos, en tanto que son tales ideas particulares, desaparecen y cesan del todo, para quedar reducidos a sus causas, es decir, a volumen, forma y movimiento de las partes de los cuerpos.

§ 18. Un trozo de azúcar de volumen perceptible es capaz de producir en nosotros la idea de una forma redonda o cuadrada, y si se desplaza de un lugar otro, produce en nosotros la idea de movimiento. Esta última idea nos representa al movimiento, tal como realmente es en el azúcar que se mueve. La forma redonda o cuadrada son lo mismo, ya sea en idea o en existencia; en la mente, o en el azúcar. Y tanto el movimiento como la forma están realmente en el azúcar, se repare o no en ellos. Esto todo el mundo está dispuesto a admitir. Además, el azúcar, por su volumen, su